"¡Ay, tres veces ay!, no gustamos a los «bienpensantes» y los «bienpensantes» no nos gustan. Y si los reprendemos es por orden de Dios y tapándonos la nariz, ya que por nosotros mismos jamás habríamos tenido este valor ni esta caridad. Los impíos y los rebeldes huelen bien a su lado y también parecen rectos.

Llamamos «bienpensantes» a los que se exhiben en las iglesias con la insolencia despectiva que les confiere su situación social y mundana, su dinero, sus títulos, sus diplomas, sus condecoraciones, sus vanidades, sus devociones y su falsa seguridad de salvados.

Llamamos «bienpensantes» a los que aplastan a los pobres, desprecian a los sencillos, corrompen a los sacerdotes y los obligan a actuar en el sentido que les conviene, sirviéndose así de la Iglesia para encubrir sus infamias y para defender sus causas de condenados.

Llamamos «bienpensantes» a los que, amparándose en la religión y en la devoción, explotan sin vergüenza a los desgraciados; a los que se ceban con el sudor y las lágrimas de los abandonados; a los que, por su hipocresía, echan a los últimos creyentes de las iglesias; a los que, por su egoísmo y sus desprecio, suscitan y mantienen la rebeldía y el odio de los desgraciados.

Llamamos «bienpensantes» a los que se apoderan de los lugares santos por dinero y hacen allí su voluntad y no la voluntad de Dios; a los que ocupan los primeros sitios, cuando de hecho no son dignos de los últimos; a los que entierran la palabra de Dios o la tuercen en provecho suyo; a los que se sirven de la Iglesia para prosperar en el mundo, en vez de servir a la Iglesia para prosperar en Dios.

Llamamos «bienpensantes» a la más insolente, a la más hipócrita y a la más feroz de las canallas: la canalla de casta que domina a la humanidad, como las escorias sobrenadan en el metal en fusión, a fin de que se pueda recoger fácilmente y tirar a la basura."

Luis Cattiaux Mensaje Reencontrado